



IV CERTAMEN DE RELATO CORTO



CASINO DE DALIAS



SEGUNDO PREMIO

Título: CONSUMIDOS

Autor: Miguel Gardeta Lordán



Sobre el autor...

Estudió en Huesca, su ciudad natal, la licenciatura en Humanidades. Durante el tercer curso, marchó con una beca de movilidad universitaria europea, Erasmus, a Toulouse, Francia, donde siguió sus estudios en la Université de Toulouse le Mirail. Regresó con la mente abierta con respecto a todos los aspectos de la vida. Al finalizar, estudió la diplomatura en Magisterio, cerca de su ciudad natal,



en Zaragoza. Ya sabía que quería educar niños. Más adelante continuó sus estudios con un máster de ELE (español como Lengua Extranjera) en la Universidad Pontificia de Salamanca. Es en este período cuando comienza a escribir y da forma a su primera novela. Finalmente, un máster en Criminología, completaría una educación de lo más variopinta.

Una vez que comenzó a trabajar como maestro en España, decidió darle un giro de ciento ochenta grados a su vida y marchó a Londres a tratar de trabajar como maestro. Trabajó un año y medio en Londres. El trabajo como maestro no se materializó, solo encontró trabajo en una tienda de alimentación. Tras Londres, vino Berlín, en las mismas circunstancias que Londres. Aquellas experiencias se transformaron poco a poco en su segundo libro, mi no spick Londón.

No obstante, todas las aventuras tienen un final, y Miguel Gardeta Lordán termina dándose cuenta de que necesita volver a dar clases. Volver a educar niños, como es su vocación. Vuelve a su España natal y comienza a trabajar en varias escuelas rurales, donde adquiere experiencia vital y laboral. Fruto de una de aquellas escuelas rurales es su tercera novela Sangre de rodeno. Más adelante, aparece En defensa de Plutón.

De repente, surge la posibilidad de volver a marchar, en esta ocasión a Houston, Estados Unidos, a trabajar con el Houston Independent School District y no lo duda. Invierte en Estados Unidos tres años, los cuales dedica a recopilar anécdotas personales sobre sus experiencias, que plasma en un nuevo volumen, Houston, ahora el problema lo tienes tú.

En el presente ha vuelto de su periplo americano y, aunque no ha dejado la enseñanza, sigue trabajando en varios proyectos literarios incluida su última novela, Sin Licencia.

CONSUMIDOS

Miguel Gardeta Lordán

Consumidos

La familia Sánchez al completo se acomodó en la mesa para disfrutar de una Nochebuena más. Todos los presentes, colmados de una felicidad radiante, de una excitación falsa por una celebración que fingían por hacer feliz al resto de miembros de la familia.

La abuela se había esmerado en preparar una succulenta cena con la que deleitar los paladares de sus seres queridos. Debía tener en cuenta a todos. A la niña le da este año por ser vegetariana, menuda moda tonta eso de no comerse el cordero al horno, con lo jugoso que le quedaba a ella, con ese toque de vino blanco y romero silvestre. A la nuera le había salido de repente eso de que es celíaca, que vaya usted a saber lo que es en realidad. También hay que tener cuidado con el colesterol, con los triglicéridos, con el azúcar, con la lactosa y con tantos otros ingredientes que cada vez se le hacía más complicado adaptar las recetas ancestrales a los tiempos contemporáneos.

Carpintero de profesión, el abuelo Julián, después de toda su vida trabajando, notaba que moría lentamente tras jubilarse. La única actividad en su agenda era deambular por el pueblo, como el general que pasa revista a sus tropas, solo que éste, ni era militar, ni tenía tropas a las que pasar revista. Ya no tenía nada en lo que emplear su tiempo, ni nadie con quien departir. Después de tantos años juntos, el matrimonio descubrió que unos completos desconocidos habían usurpado sus lugares en la relación. No tenían nada que decirse, y tampoco sentían necesidad de decírselo. «Al menos ella tiene la casa en la que ocuparse», pensaba él cada mañana. Julián marchaba a perseguir las sombras de las horas que pasaban, se consumía en las calles que tantas veces los vieron pasear del brazo. La abuela Engracia permanecía en la casa, ocupada todo el día en un remiendo por aquí, una conserva por allá, apenas se percataba de que su marido había desaparecido de su vida hacía ya algún tiempo. El recuerdo del hombre con el que convivía se volvía cada vez más pequeño y cualquier día desaparecería por

Consumidos

completo sin dejar rastro, y sin pedir permiso. Engracia estuvo siempre volcada en sus hijos, y en sus nietos, en su casa, todo su mundo.

Sentados todos a la mesa, sonreían y bendecían los alimentos que iban a recibir, como buenos herederos de la traición judeocristiana, repitiendo una coreografía de milenios. Cogidos de la mano, todos se miraban y fingían ser las personas más felices del mundo. En cierto modo lo eran. La abuela Engracia había logrado la titánica empresa de reunirlos a todos en una nueva ocasión, y aunque fuera una sola noche al año, esa era la noche más feliz de su vida. Ella era la única cuya felicidad, irradiada en todas direcciones, era verdadera. El único motivo por el que ella despertaba todas las mañanas era para poder volver a ver a su familia reunida una vez más. Poco importaba que fuera Nochebuena, o el solsticio de verano, lo que realmente era importante para Engracia era que todos los suyos estuvieran allí sentados.

El mayor de los Sánchez, Pedro, era un hombre de éxito. A sus cuarenta recién cumplidos era uno de los prometedores candidatos a ocupar, un día no muy lejano, alguna de las oficinas de los pisos superiores de la empresa donde, cada día, olvidaba que existían horas de luz solar. Trabajaba para una multinacional alemana desde hacía más de diez años, cuando se licenció en Económicas, y respondió a un anuncio en el periódico con toda la prepotencia que le otorgaba su recién obtenido título debajo del brazo. Desde el momento en que entró en aquella aséptica mole de acero y cristal, con las paredes blancas incólumes, como vestido de novia primeriza, supo que esa iba a ser su casa a partir de entonces. Tocaba en retirada de su mesa cada vez a horas más intempestivas, sin conocer el significado de la expresión tan de moda: conciliación de la vida familiar. No era feliz dejándose su juventud entre aquellas cuatro límpidas paredes, pero se trataba del objetivo que debía llevar a cabo para ser el cabeza de familia responsable y amado que se suponía debía ser. Su resignada y devota esposa, Ágata, se acostumbró a tener un marido a tiempo parcial. Era el precio que uno de los dos debía pagar

por continuar con su estilo de vida. Hacía más de tres meses que no se tocaban. Ella siempre lo disculpaba con excusas sacadas de manual de perfecta ama de casa, guardando el reposo del guerrero. Sin embargo, la realidad era mucho más hiriente que la ficción que construían los dos tácitamente cada noche, rodeados del eco de sus soledades interiores.

El vino tinto, cosecha de uno de los vecinos del pueblo, contenido en botellas sin etiquetar, corría por la mesa en vasos de duralex, muy antiguos ya, muy rayados por el uso. El clima creado de risas y miradas contenidas, de esas que pueden cortar el cordero de la abuela incluso estando crudo. Los silencios contaban más que las propias palabras a quien quisiera, o supiera, escucharlos. Los abuelos, Engracia y Julián, continuaban con sus manos entrelazadas, con ese pegamento especial que confiere la edad, llamado rutina. Los demás miembros de la unidad familiar tenían siempre algo que contar, o algo que discutir. El abuelo simplemente escuchaba lo que sus hijos contaban, sin seguir ningún orden establecido, como un grifo que salpica en todas direcciones cuando el chorro se vierte con fuerza contra una cuchara. Asentía sin mucha convicción y vestía sus mejores sonrisas ante las supuestas situaciones graciosas con las que se encontraban sus hijos a diario. Sin embargo, mucho tiempo hacía que habían dejado de interesarle las anécdotas cotidianas de sus vástagos. Comían, bebían y reían en un ritual que más parecía una danza perfeccionada durante mucho tiempo que un acto espontáneo de armonía familiar.

La nieta de los Sánchez, Rebeca, ya no era ninguna niña; aunque para todos seguía siendo la niña y seguramente continuaría siéndolo el resto de su vida. La primera y la única nieta. La más joven del clan. Recién cumplidas dieciséis inocentes primaveras. Demasiado joven para entender todo lo que se farfullaba en aquella mesa. Demasiado adulta como para escabullirse con pretextos infantiles. Estudiante brillante, ya casi decidido su futuro, se trataba de quien mejor representaba aquella idea de la tozudez familiar. Su madre, más preocupada en que

Consumidos

jamás abandonara el nido familiar que en lo que realmente quisiera hacer con su vida en un futuro no muy lejano, le aconsejaba que no corriera tanto. Todavía faltaban dos cursos enteros para finalizar el periodo horrible de adolescencia programada y subvencionada por el ministerio de educación. Muchas situaciones iban a suceder en su vida que podrían hacer que cambiara de idea. Sin embargo, Rebeca lo tenía claro, había escogido la veterinaria. Su pasión infantil por los animales y por toda la naturaleza se manifestó y proyectó en sus juegos infantiles; siempre relacionados con ese mundo natural. Amaba a los animales por encima de todo y, muy al contrario de todas sus compañeras de edad, no le asustaban los ratones que a veces se veían en el oscuro y desordenado cuarto de material del aula de educación física. Con una fuerte personalidad, forjada desde muy joven, la muchacha sabía perfectamente lo que quería, aunque todavía era demasiado pronto para saber cómo conseguirlo.

Los Sánchez se miraban unos a otros, sin abandonar sus sonrisas. Solamente la abuela Engracia se encontraba realmente complacida con aquel reencuentro familiar. Satisfechos con la copiosa cena ofrecida, «Comed, comed malditos, que mañana empieza la guerra» había pronunciado el pequeño de los Sánchez, Javier, cuando la abuela llegaba con el asado entre sus manos. Enseguida recibió un golpe seco de su padre, Pedro, con la palma de la mano en la nuca a modo de reprimenda y advertencia.

Su mente estaba en otro lugar, lejos de aquella mesa y bastante más lejana todavía de la que era su familia. Se había repetido muchas veces que aquella era la noche de su mujer, Engracia, no la suya. No quería estropear aquel momento de felicidad a la mujer con la que había compartido la mayor parte de su vida; quien le concedió dos hijos maravillosos; quien todavía seguía allí, ajena a toda la espiral de sentimientos encontrados que albergaba su corazón. Solamente un par de años atrás, Julián, todavía perdía sus días en la rutina laboral. Sus manos servían para algo más que para sostener el vaso de vino barato en el bar y su boca para algo

mucho mejor que para suspirar, perdido por las calles del pueblo. Desde que el abuelo se jubilara, no tenía nada en lo que emplear sus horas, pero sí mucho en lo que reflexionar.

Julián recibió aquella lejana mañana la visita de alguien que no causaba especial simpatía en el pueblo. El gerente del club de alterne, abierto en la carretera no sin bastantes controversias, debates, plenos municipales y protestas de todo tipo. El abuelo estaba por encima de todo aquello. No le importaba lo más mínimo lo que se debatiera en aquellos plenos. Le importaba poco la indignante, y a menudo indignada, opinión de las personas del pueblo. Con el tiempo, había aprendido a no hacer caso de comentarios y habladurías que se extendían como riada de verano por las calles. En la mayoría de las ocasiones, resultaban falsas, producto del empeño de unos porque nada cambiara a su alrededor, o del aburrimiento de otros, sin nada mucho mejor que hacer que introducirse en la vida de los demás sin ser invitados. Por eso, cuando apareció en su puerta aquel comerciante de la industria del placer, Julián lo recibió como a cualquier otro.

El abuelo aceptó enseguida el encargo de aquel mercader de carne venida de tierras lejanas, consciente de los recelos que causaría en el pueblo y considerando que se trataba de un asunto sencillo. Le importaba poco lo que la gente pudiera susurrar a sus espaldas o las historias que pudieran crear con él como protagonista de morbosos cuentos, erotismo explícito incluido. La primera, la abuela Engracia, con quien mantuvo una discusión, perdida antes de comenzar, basada en el qué dirían de ellos en el pueblo. El abuelo ya había tomado su decisión y nada de lo que su mujer, o el señor cura, con quien, por otra parte, tampoco tuvo jamás una relación demasiado cercana, fueran a decir, cambiaría lo más mínimo su punto de vista sobre el trabajo que llevaba desempeñando toda la vida, la carpintería.

Consumidos

Julián comenzó a ir al *Chics* a tomar medidas y estudiar sobre el terreno lo que se esperaba de él en el plano laboral. Como había predicho, no era complicado. Iba a tener que trabajar allí mismo, cosa que tal vez incomodara a los parroquianos que acudían cada día en busca de un amor sicalíptico que no podían, o no sabían, encontrar en sus lechos nupciales. No tardó en suceder; el abuelo conoció a todas las chicas y las saludaba con la naturalidad del eunuco que visita el harén todas las mañanas por el interés contable y de higiene que toda aglomeración humana requiere. Las llamaba por sus nombres reales; un tipo de información sensible, no al alcance de los clientes, y las saludaba cortésmente. Hablaba con ellas y les preguntaba sobre sus vidas, pasadas y futuras, pasaba de puntillas por un presente que, intuía, pretendían olvidar todas ellas. El carpintero no estaba interesado en el sexo con aquellas huríes perfumadas de piel aterciopelada; no a su edad. No era tan tonto como sus compañeros de mus, quienes hablaban y, sobre todo, fanfarroneaban, como si fueran veinteañeros.

Algo había cambiado en él desde que conociera a esas chicas; cada día despertaba con una sonrisa pintada en los labios, y no era una sonrisa fingida, como la que en esos momentos forzaba ante la anécdota de su hijo mayor, Pedro, sobre no sabía muy bien qué cliente de Hamburgo. Disfrutaba en compañía de aquellas tiernas muchachas de acentos sedosos y muslos firmes. Se sentía acogido y, ¿por qué no decirlo?, querido también, de alguna manera. Aunque él supiera muy bien en qué empleaban las horas nocturnas, no se trataba de un cariño amoroso como el que le hizo casarse con quien compartía su cama hacía más de cincuenta años. No, era otro tipo de cariño lo que aquellas princesas llegadas de diferentes cuentos le profesaban al viejo.

Había algo más, y era por ella. Julián se había enamorado castamente de aquella muchacha procedente de algún país de nombre impronunciable. Su mente pronto no tuvo más espacio que el destinado para aquella que nadaba a duras penas entre el español, y cada tres palabras

soltaba un exabrupto en su lengua natal, dando a entender su frustración en el aprendizaje de un nuevo idioma. Se sentaba junto a él, con sus interminables piernas cruzadas y le hablaba. Él la corregía paciente, consciente de estar ayudando a una buena chica que no merecía encontrarse en esa situación vital y ella volvía a hablar con la lección bien aprendida. Nació una relación especial entre ellos dos. Una relación que regaban cada día con risas, a fuerza de repetir sonidos imposibles para alguien venido del este del Rhin. Ella contaba cómo era su país, su pueblo, su casa natal, y los oídos de Julián, que nunca había salido de España, devoraban esas tiernas historias envueltas en un halo de misterio.

Sin embargo, todo tiene un final, y el encargo del carpintero en aquel sórdido lugar terminó. Ya no tenía nada que hacer allí, a no ser que fuera a volver como cliente de pago, reclamando a las muchachas más de aquello que tan bien le había sentado mientras duró. Él le prometió que volverían a verse, que volvería por allí simplemente para conversar, para seguir riendo y para seguir sintiendo su suave piel sobre sus viejas cicatrices. Nunca lo hizo. Julián abandonó el lugar, como el soldado abandona a su amada en la vía del tren, dejando tras de sí promesas que no sería capaz de cumplir. Volvió a su pesada rutina diaria, a su mujer, aquella con la que compartía, ahora estaba seguro, solamente un frío tálamo en el que acostarse todas las noches del año. Retornó a su fanfarrón y alcohólico mus diario y a su vacío pueblo. Volvió para vagar por las calles, envuelto en la melancolía de lo que nunca sucedió; de lo que nunca se atrevió que sucediera. Desde entonces, cada día huía de los brazos de su esposa y se refugiaba encima de un peñasco, a la entrada del pueblo, donde podía ver claramente las luces de la carretera. Simplemente miraba aquellas luces; las miraba y suspiraba, pero siempre volvía a casa.

La abuela Engracia se había esmerado con el ágape, eso estaba claro, pero todavía quedaba el postre. Esa delicia no apta para diabéticos, ni para aquellos que estuvieran cuidando la línea, o el azúcar, o el colesterol. La abuela intentó cocinar a gusto de todos. Sin embargo, en el postre

Consumidos

fue intransigente. Las recetas tradicionales de dulces no se podían alterar. Hubiera sido como alterar la composición del Universo. «Más madera, es la guerra» era la sentencia de Groucho Marx con la que recibió el pequeño de los Sánchez, Javier, aquella bomba de chocolate con la que su queridísima abuela había decidido culminar la cena, que se consagraba en su calendario de cocina como la más importante del año. Pedro recibió en esta ocasión la ocurrencia de su hijo con una sonrisa velada, mitad fruto de los gases nitrogenados de su pesada digestión, mitad causa de los efluvios alcohólicos de aquel vino peleón al que nunca se había acostumbrado siendo más joven. Acarició la cabeza de su hijo pequeño, alborotando su cabello.

Pedro nunca había sido muy dado a mostrar sus sentimientos. El trabajo durante más de diez años en una multinacional alemana había lijado su personalidad pública. No obstante, aquella noche estaba desatado; hablaba, reía, cantaba villancicos con su hermano pequeño, Jaime; bromeaba, pero lo más importante, se encontraba allí; con todos. O al menos, fingía estar allí, y lo hacía muy bien. Su mujer, Ágata, llegó a la conclusión de que habría tomado alguna droga. Tal vez solo fuera el comienzo de lo que Pedro prometía desde hacía demasiado tiempo y nunca llegaba a cumplir. Ágata lo observaba desde el balcón interior que otorga la indiferencia. Intuía que lo único que orquestaba su marido era una danza macabra en torno a los sentimientos de su madre. Una vez al año, él se comportaba como el perfecto hijo.

Pedro no era feliz, pero era un gran actor. Se había prometido que esa noche, solo por esa noche, iba a hacer feliz a toda su familia y en especial a su madre, la única que realmente deseaba permanecer allí más tiempo del necesario. Era cierto que cantaba villancicos, reía, hablaba y bromeaba. No obstante, su cabeza tampoco se encontraba anclada al cuerpo que realizaba todas aquellas actividades. Su vida y su mundo habían cambiado radicalmente durante el último año, cargado de emociones, de trabajo más duro si cabe que los anteriores y

de promesas silenciosas para el año que estaba a punto de finalizar. Sus anhelos se relacionaban íntimamente con una carga insoportable, un secreto inconfesable. Como aquel Sísifo que arrastraba una enorme roca por una pendiente, día tras día, hasta el final de los tiempos. Su piedra, su carga y su penitencia por haberse engañado a sí mismo.

Lo sabía desde hacía mucho tiempo, aunque se negó a escuchar a aquel petimetre que cada mañana lo miraba con la cara embadurnada de una sustancia blanca, dispuesto a rasurarse al mismo tiempo que lo hacía él mismo. Ya en su lejana y traumática adolescencia, cuando frecuentaba la sala de billares del pueblo no era para fumar y beber cerveza. Se mimetizaba con el ambiente para pasar desapercibido, pero él los miraba a ellos. Y nunca dejó de hacerlo. Se casó porque aquel era el siguiente paso que debía dar en la historia de su vida. Él nunca sintió nada por aquella mujer quien tampoco jamás sintió nada por él. Se trataba más bien de un juego de repudia mutua en el que ambos conseguían lo que deseaban.

Los pensamientos de Pedro se hallaban lejos, muy lejos. Por fin conoció a alguien como él. Alguien que, encerrado en una cárcel de oro, se veía impotente para salir volando. Un hombre casado, bajo las mismas circunstancias sociales demoledoras, alguien con quien compartir verdaderas preocupaciones y verdaderos sentimientos de amor. Por fin, un hombre a quien amar incondicionalmente. Había pergeñado un plan tan sencillo que no podía resultar en error. Se divorciaría de Ágata y empezaría una relación pública con su mancebo. Nadie los juzgaría en la sociedad tolerante de hoy en día. Serían felices sin el peso de la vida de otro sobre sus espaldas. De una vez por todas, dejarían de arrastrar la piedra de Sísifo montaña arriba.

Disponía de un plan bajo el brazo que nunca jamás llevaría a cabo. Había sido un cobarde durante toda su vida y no iba a cambiar de la noche a la mañana, por mucho que hubiera encontrado el amor de su vida. Seguiría engañando a su esposa con alguien de la oficina. El

Consumidos

mismo cobarde adolescente al que le interesaban más los chicos que las chicas seguiría anidando en su corazón. Continuaría siendo más sencillo fingir que plantarse y decir la verdad. Sísifo seguirá empujando la piedra de su castigo, de su culpa. Escoger seguir viendo por televisión, con ávida pasión escondida en la bragueta de su pantalón, las carrozas del día del orgullo, e imaginarse en una de ellas. Preferir soñar con la felicidad antes que intentar estrecharla entre los brazos, porque Pedro, en el fondo, pensaba que lo que él sentía era un pecado inconfesable.

Llegó el momento de los aguardientes y licores tras la cena. Las conversaciones habían pasado de ser animadas a caldeadas. Los efluvios de los alcoholes conseguían que los miembros de la familia Sánchez se debatieran en duelo sobre temas de los que no sabían nada. Hablaban sobre cualquier asunto, aún sin poseer el conocimiento necesario, se trataba de arreglar sobre el mantel el problema del hambre en el mundo, de las diferencias entre los países ricos y pobres, y opinar acerca de los diferentes conflictos religiosos. Continuaron versando acerca de las últimas peripecias de los jugadores mejor pagados del país mientras se dirigían, bajo el frío cortante de diciembre, hacia la iglesia del pueblo a cumplir con otra de las tradiciones familiares; la misa de Nochebuena.

La nieta de los Sánchez, Rebeca, apenas probó bocado aquella noche y últimamente estaba más callada de lo que acostumbraba. La adolescencia es una época de la vida complicada, y una muchacha como ella, con las ideas tan claras, no iba a experimentar un trato de favor por parte de la vida ni por parte de sus crueles compañeros. No obstante, ella sonreía, como ya era habitual en toda su familia: sonreía y fingía que nada dañino amenazaba su existencia, que todo estaba bien y que todo estaría bien. Por supuesto, la muchacha pensaba en un chico, y no es que estuviera enamorada de él; al menos ya no, no después de lo que hizo.

Se enamoró de él en el instituto, con esa fuerza capaz de detener un tren en marcha que sólo poseen los amores adolescentes. El caso es que era una chica feliz, asistía a las clases del instituto, por aburridas que le parecieran, y estudiaba en casa todos los días, pues su objetivo no admitía demoras. Nunca antes se había fijado en los chicos, al menos no en ese aspecto, al que, por suerte o por desgracia, ya había llegado. Nunca hasta ese día en que él se acercó para pedirle que le prestara los ejercicios de química orgánica. Fue entonces cuando Rebeca descubrió que él existía. Perdió la noción del tiempo y la percepción de la realidad, como en un viaje onírico donde se nos muestra el mundo que nos rodea salido de un cuadro de Dalí. Al día siguiente sucedió lo mismo, el chico se le acercó para rogarle en aquella ocasión no sé qué actividades de matemáticas que, según sus propias palabras, no le salían. Ella podía explicárselos. No le costaría nada.

Así empezó la muchacha de dieciséis años a perder la cabeza por el amor de su vida. Así pasó el primer trimestre de aquel año de instituto, entre apuntes suyos y apuntes que copiaba laboriosamente para su amado. Él recibía todo el esfuerzo y el trabajo de la muchacha con agrado, sin entregar nada a cambio. A ella le bastaba y le sobraba con su frío y distante saludo; con su gratitud intermitente y con su indiferencia social. Ella vivía permanentemente en una nube de un color pastel. Vivió durante meses en ese lugar que produce el amor unidireccional.

Todo cambió durante la celebración de Navidad en el instituto, hacía una semana. Ella bebió suficiente alcohol como para insuflarse a sí misma de un falso coraje y por fin hacer partícipe al muchacho de sus sentimientos. Fue el poco higiénico, y nada romántico, cuarto de baño de aquel restaurante el lugar indicado para declararle su amor, y fue también el lugar donde todas las ilusiones inocentes de la chica se iban a escurrir para siempre por el retrete, al igual que su niñez. Allí mismo el muchacho, quien de inocente no conservaba ya nada, puso en práctica su

Consumidos

peculiar visión del amor. Allí quedó, acuclillada en el suelo, sollozando y a medio vestir, Rebeca, quien no alcanzaba a entender qué es lo que había hecho mal en aquella imborrable noche.

No le contaría jamás a nadie lo que sucedió en realidad, nunca tendría valor para narrar aquel fracaso. Era más fácil acarrear el recuerdo pertinaz y dolorosamente profundo dentro de su piel, que vivir con la marca escarlata de la vergüenza tatuada en su frente.

Los Sánchez, al completo, acudieron a misa de Nochebuena, se dieron la paz, siempre sonriendo, como buenos hermanos en la fe. Rezaron juntos por las gentes de lejanos países que no disponían de tanto como ellos, y pasaron a comulgar, dejando que aquel simple trocito de pan ácimo, pegado a sus paladares, limpiara de pecados sus conciencias. Al volver a casa, por la calle, seguían debatiendo los adultos mientras Rebeca, cabizbaja se acariciaba el vientre. Julián levantó la vista una vez más. Antes de entrar en el portal, miró a la carretera y suspiró. Entró en casa, detrás de toda su familia, como todos los demás Sánchez, arrastrando cada uno de ellos, el peso de sus conciencias.